

reemplazan a las cuentas de los collares conocidos y trabajados por esta raza de artistas.

Es en las narigueras (Figs. Nos. 161 y 162) donde se manifiesta mejor el genio creador mochica. Aquí, el artista tiene que confrontar un problema de adaptación de la joya al tamaño y conformación de los rostros. Esta labor le obliga a variar las dimensiones de las piezas que fabrica para adaptarlas a la fisonomía de los individuos. Todas estas narigueras llevan incrustaciones de turquesa. Los motivos son de carácter mitológico o guerrero, o simples representaciones de personajes de la alta nobleza indígena. La media luna –véase la figura No. 161– es una de estas joyas de refinado gusto artístico. Podría resistir la comparación con cualquiera otra manifestación artística de culturas más avanzadas.

El arte suntuario ofrece, aparte de los ya enumerados, otros adornos de uso personal, tales como pendientes confeccionados con piedras preciosas, particularmente turquesas y lapislázulis. Las figuras Nos. 163 y 164 corresponden a dos de estas piezas con las que los magnates mochicas realzaban la policromía brillante y fastuosa de su indumentaria. La primera lleva incrustaciones de oro; la segunda, fragmentos de turquesas adheridas al metal con sustancias resinosas. De gran tamaño, estas joyas son verdaderas obras de arte, tanto por su tallado y pulimento como por el contraste de las gemas y metales finos utilizados en su confección.

Una muy atenta observación de las joyas que debemos al fecundo ingenio mochica no sólo revela originalidad y alta técnica de parte del orfebre que las hizo, sino que en el tratamiento del metal se utilizó el procedimiento de la fundición, que debió ser conocido desde muy antiguo. En este sentido, es digna de observarse la uniformidad que acusan las láminas y la perfección que ofrecen en su pulimento. La lisura o pulimento que se nota en estas joyas se lograba mediante el empleo de piedras especiales, como la que reproducimos en el grabado No. 165, las mismas que han sido exhumadas de las tumbas mochicas. La particularidad de esta pieza-herramienta consiste en mostrar una cara perfectamente lisa y tan pulida, que, a manera de espejo pétreo, reproduce las imágenes que se reflejan en ella. Estos bruñidores, en manos del artífice, realizaron el milagro de las planchas asombrosamente laminadas y de brillante e impecable superficie.

El oro empleado en las láminas era de la más alta ley, y llegaba a veces hasta 22 quilates; sin embargo, no faltan piezas cuya ley de 8 quilates va en aumento constante.

### CÓMO HACÍA SUS JOYAS EL ARTISTA MOCHICA

No puede ser discutida la tesis, repetimos, de que el artista mochica conocía el arte de la fundición de los metales, particularmente del oro, cobre y plata, y el procedimiento de las aleaciones. La figura No. 134 reproduce una barra de oro fundido, lograda indudablemente por el procedimiento del fuego. El molde era hecho de tierra refractaria, o, en su forma más primitiva, de hoyos excavados en el suelo. La barra era sometida al proceso de la laminación a golpe de martillo. Una vez que el artista obtenía el espesor deseado, recortaba la lámina de acuerdo con la forma y peso del objeto en fabricación.

Suponemos que ya en este período se hacía uso de las aleaciones. El oro era mezclado con plata y cobre; el cobre, a su vez, muestra porcentajes de oro, y la plata, en muchos casos, aparece fundida con gran proporción de cobre.

Por la manera como se ofrecen a nuestros ojos las manifestaciones artísticas de los mochicas, juzgamos que la labor primordial se reducía a la laminación. Una vez conseguida la lámina metálica, se la recortaba y daba la primera forma de contorno. Seguidamente se procedía a su ornamentación, con instrumentos punzantes y de filo duro y resistente. La lámina era repujada o grabada. Pero en las joyas más valiosas, aquellas que se dedicaban al culto o para uso de los grandes magnates mochicas, el artista no limitaba su arte al simple labrado en bulto de las piezas decorativas, sino que recurría al empaste o a la incrustación de piedras preciosas como turquesa y lapislázuli, entre otras, yuxtapuestas y aseguradas a las joyas con sustancias resinosas.

Pocos son los objetos de origen mochica fabricados de oro macizo. Generalmente están hechos con láminas de escaso espesor, algunas sumamente finas. Los idolillos y estatuas, que a simple vista parecen de metal compacto, se hallan huecos, y en muchos casos con almas de madera (Fig. No. 166). Esto parece obedecer al propósito de economizar el áureo metal, cuya extracción no era fácil ni se hacía en gran escala, no obstante su abundancia en minas y lavaderos.

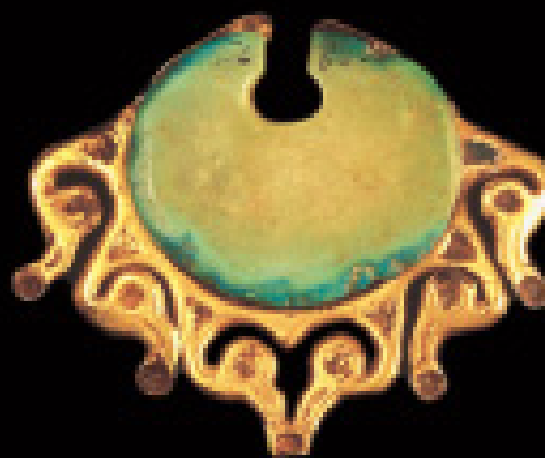


Fig. No. 161.- Narigueras de oro, joyas de gusto exquisito, con incrustaciones de turquesa.  
Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera

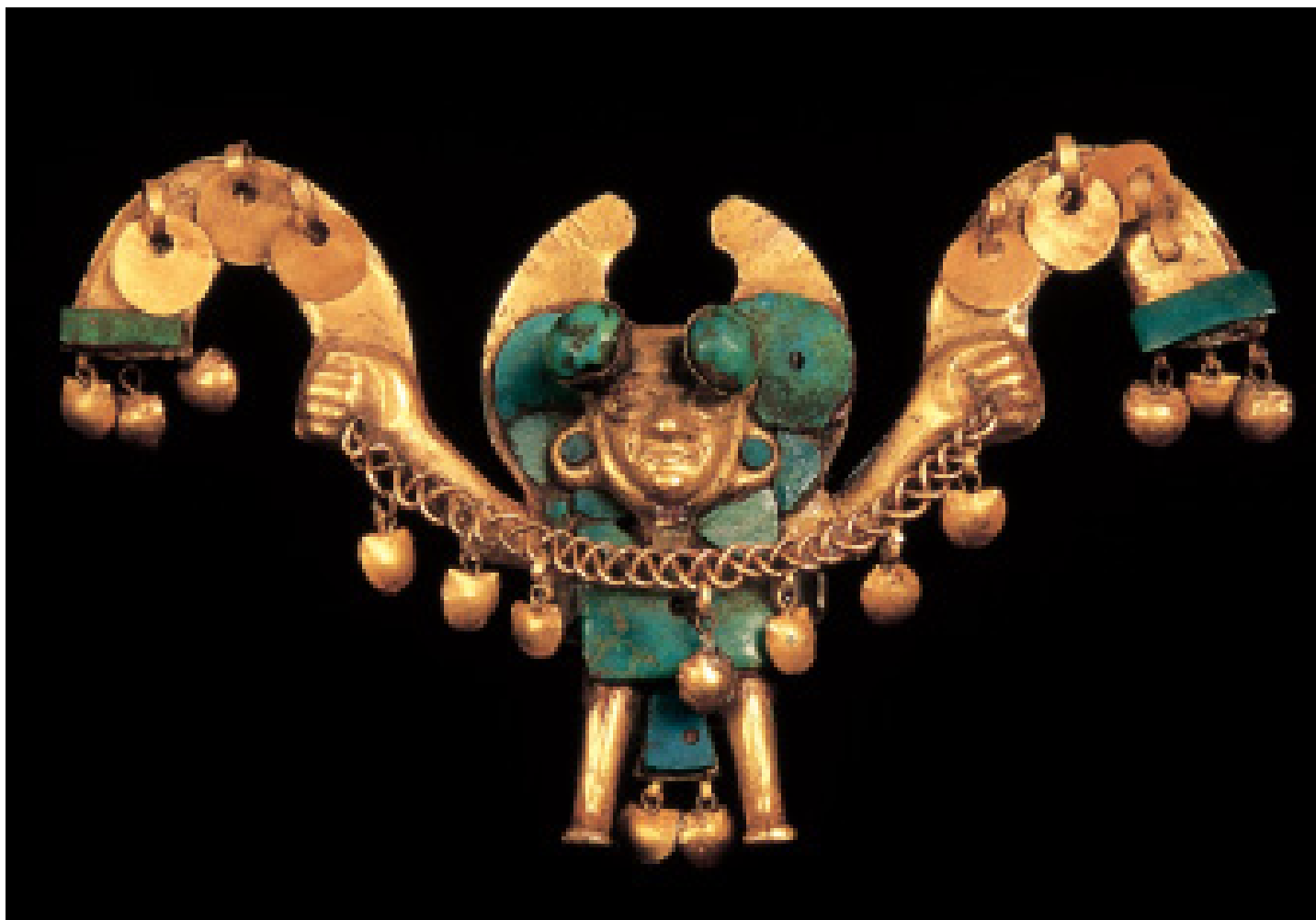


Fig. No. 162.- Nariguera de oro mochica, con incrustaciones de turquesa.  
Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera (XSB-007-008)

En cuanto a la plasticidad de las joyas, sean pectorales, frontales, collares, narigueras, coronas, orejeras, pendientes y demás, sorprende el perfecto realismo de las escenas que representan sus dibujos y el de los rostros humanos reproducidos sobre las joyas. No podemos indicar qué procedimientos de vaciado empleaban los mochicas ni de qué manera ni con qué clase de instrumentos recortaban, repujaban y grababan el metal trabajado. La técnica indígena no ha dejado huellas al respecto.

La unión del oro en sus distintas aplicaciones se efectuaba por soldadura o ligamento. Este último procedimiento se basaba en alambres finísimos de oro o cintillos laminados. La soldadura se hacía con oro de baja ley o con aleación de cobre. En muchos objetos de oro,

examinados por el autor de este libro, se ha advertido la presencia de óxidos cúpricos de color verdoso en floración. Los alambres eran utilizados cuando el artífice recurría a las lentejuelas para exornar sus joyas o para reunir las piezas complementarias. Estos alambres son de forma discoidal o rectangular.

Las aleaciones se manifiestan especialmente en las soldaduras: los mochicas llegaron a dominar a la perfección esta etapa del arte de los metales. Tenían sumo cuidado en templar el metal de sus joyas para darle mayor consistencia y ductilidad. El alto grado de desarrollo que alcanzó la técnica mochica revela que conocieron fórmulas químicas a las que no pudieron haber llegado sino después de larga experimentación y constantes ensayos.



Fig. No. 163.- Pendiente de turquesa con incrustaciones de oro que representa a un guerrero.  
Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera (XSB-007-006)



Fig. No. 164.- Pendiente de lapislázuli con incrustaciones de turquesa.  
Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera (XSB-007-011)



Fig. No. 165.- Pulidor de oro.  
Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera (XSM-002-005)



**Fig. No. 166.-** Mango de madera de estólica lujosamente forrado con láminas de oro.  
Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera (XSB-006-003) Fotografía de Carlos Rojas.



Fig. No. 167.- Molde de piedra que servía para hacer sonajas de metal.  
Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera (XSM-002-003)

Volviendo al repujado de las joyas, hallamos dos tipos: el que se ha hecho sobre la base de moldes sólidos de piedra (Fig. No. 167) –como los cascabeles, pepas de zapallo, idolillos en bulto y reproducciones animales– y el trabajado mediante láminas progresivamente adelgazadas a golpe de pequeñas mazas de madera o martillos de cobre o de piedra pulimentada. La laminación llega a ser tan perfecta que estos objetos ofrecen una superficie tan bruñida y brillante como el espejo.

Son muy frecuentes las piezas de metal que están doradas. Esta particularidad constituye una prueba evidente de que el artista mochica sentía predilección por los objetos brillantes como el oro, y de que cuando trabajaba la plata o el cobre procuraba, por procedimientos técnicos aún no bien investigados, simular el brillo de aquel metal con enchapes dorados.

Una finísima película de oro –tan sólidamente adherida– recubre las piezas que han podido resistir, sin deteriorarse en los cementerios o huacas indígenas, la acción destructora de los siglos.

La labor del enchape alcanzó notable adelanto en la antiquísima cultura Mochica. El artista no sólo supo dorar el cobre o la plata, sino también los objetos de oro de baja ley. Llegó a tal perfección este arte indígena, que muchas de esas piezas exhumadas de las tumbas fueron adquiridas por anticuarios expertos como de oro puro. Un atento examen de los artefactos sometidos al procedimiento del dorado nos hace creer que el orfebre mochica empleaba una amalgama de oro y cobre, que era sometida luego al fuego; todas las piezas descubiertas, en efecto, ostentan una capa de óxido de cobre.